

La vida impasible

Algunas notas sobre una novela a contrapelo

Sandra Lorenzano¹

“Todos en este lugar parecen aventajarla con creces en las prácticas de la vida impasible que al final no le salió. Por ahora.”

M. S. Cristoff, *Inclúyanme afuera* (2014)

234

1.

Toda lectura implica un riesgo. Toda inmersión en un texto ajeno puede convertirse en un sacudimiento interior. *Debe* convertirse en un sacudimiento interior. O dicho de otra manera: si un texto no nos sacude, mejor dejarlo. Paso a la primera persona: si un libro no cimbra algo dentro de mí, no me interesa. Amo la expresión colombiana “qué le provoca” como sinónimo de qué le gusta, qué desea, qué se le antoja. Jugando con esta idea podría decir que para desear leer algo, para que me guste, debe provocarme.

Dicen quienes estudian las estructuras psicosociales del arte que esa “provocación”, ese sacudimiento sucede cuando algo de la obra encuentra eco en nuestro interior; eco que despierta aquello que quizás ni siquiera sabíamos que nos habitaba.

¹ Doctora por la Universidad Nacional Autónoma de México. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM-UNESCO). Universidad Autónoma de Madrid.

Todo esto para contarles que me acerqué a la novela de María Sonia Cristoff por el título: *Inclúyanme afuera*. Podría tatuarme una frase similar o elegirla como mi epitafio, pensé mientras leía las primeras páginas. Los ecos siguieron. La sorpresa fue encontrar -entre las decenas de títulos que buscaban disputarse los primeros lugares en el ranking de los libros más vendidos de la semana, y cuyas intenciones eran flagrantes- a esta militante de la marginalidad.

Cristoff suele contar una anécdota que resulta clave para leer *Inclúyanme afuera*. Parte de Nicolás Rosa y sus clases en la carrera de Letras. “Él siempre decía que cada persona tiene una figura retórica que la identifica. Aunque no lo sepa. Diría que la mía es el oxímoron.” La frase en realidad está tomada de una entrevista que le hacen a Guillermo Cabrera Infante, “Cuando le preguntaron sobre su pertenencia al boom, él dijo: ‘Ah, no, del boom a mí inclúyanme afuera’.”

235

La historia contada abre múltiples líneas de lectura, sin embargo el argumento es sencillo: Mara, una exitosa intérprete-traductora, cansada de la tensión permanente que su trabajo le exige, decide dejarlo, pero no de manera “inocente” sino boicoteando su última sesión: para ello, en lugar de traducir lo que el expositor está diciendo en una cumbre política importante, lee un fragmento del manual que ella misma está escribiendo. El resultado es que los guardias de seguridad la sacan del espacio donde se está llevando a cabo la reunión. A partir de esto, planea irse a algún sitio en el que pueda practicar durante un año el “arte de callar”, aunque sin dejar de interactuar con el mundo. Elige para llevar a cabo este plan un trabajo como cuidadora de sala en el Museo Enrique Udaondo de Luján, una localidad que se encuentra a casi 70 kilómetros de la ciudad de Buenos Aires, y que se considera un importante centro agropecuario. ¿Qué mejor lugar para quedarse quieta y muda? Todo marcha bien hasta que deciden darle un “ascenso”; la nombran entonces asistente del taxidermista que llevará a cabo la “reconstrucción” de Mancha y Gato, los dos ejemplares de caballo criollo que constituyen una de las principales atracciones del museo. Ese cambio no deseado del rumbo de su proyecto de impasibilidad la lleva a organizar,

también aquí, un atentado que parece pequeño pero que resulta provocador y transgresor en términos simbólicos.

En *Inclúyanme afuera* la escritura y lo escrito coinciden en la búsqueda de construir una literatura menor, a contracorriente, a contrapelo.² El título y el epígrafe van dando pistas para leer esta historia de un “atentado” que, desde el gesto mínimo, cuestiona los conceptos grandilocuentes en los que se funda el imaginario argentino de nación.

El autor del epígrafe es David Markson; escritor experimental, fragmentario, aforístico, metaliterario, que decía de sí mismo: “autor que debe su fama a que es desconocido”. La cita que encabeza la novela está en inglés: “I love fool’s experiments. Said Darwin”. Tengo la tentación de hablar de Ricardo Piglia y su análisis sobre la frase que Sarmiento cuenta en el *Facundo*: “On ne tue point les idées”, pero dejo la digresión para otro momento. Sin embargo, nada es gratuito en este libro de Cristoff. El uso del inglés puede leerse aquí como un guiño irónico sobre la argentinidad fundada en una mítica pampa. “La tierra de las oportunidades”, “Argentina potencia” y otras frases similares que, enunciadas por el poder, se han convertido a la vez en expresión de deseos, cortina de humo y lema de marketing. Crisol de razas vuelto despojo empobrecido del neoliberalismo productivista, extractivo y ecocida.

236

De las esperanzas de los inmigrantes puestas en el “granero del mundo” a un museo tan anacrónico como el país. El tema de la inmigración forma parte de la historia familiar de la autora. En el prólogo a su libro publicado en 2005, *Falsa calma. Un recorrido por pueblos fantasmas de la Patagonia*, cuenta la historia de su padre niño que hablaba búlgaro en su casa, y había aprendido un “galés de potrero” para jugar fútbol con los hijos de galeses que, como él, habían nacido en ese pueblo junto al río Chubut, en el sur argentino.

Un día, cuando mis abuelos calcularon que tendría seis años, lo llevaron hasta un pueblito cercano, Gaiman, y lo depositaron en un banco de escuela. Desde allí mi padre se percató,

²“...se concentra en pensar cuál puede ser su próximo capítulo, su próxima acción a contrapelo” (2014, p. 167). Las resonancias deleuzianas y benjaminianas de ambos conceptos son evidentes.

observando bien a su alrededor, de que muchos, casi diría todos, hablaban un tercer idioma. No se parecía en nada a los que él sabía, y se llamaba castellano. (CRISTOFF, 2005, p. 23)

Este libro de crónicas, publicado diez años antes que *Inclúyanme afuera*, prefigura en el propio personaje de la escritora a Mara, la protagonista de la novela. Ambas actúan desde la inmovilidad. Dice Cristoff en *Falsa calma*: “Sentada ahí, casi sin preguntar ni moverme, sin hacer ningún esfuerzo, me convertí en una especie de pararrayos, de antena receptora” (2005, p. 25). La primera página de la novela presenta así a Mara: “Ciertos días puede seguir la trayectoria de una mosca sin que nadie ni nada se interponga. Ciertos días llega a convencerse de que ha aprendido a observar como si se tratara de un acto de mera constatación. Se sienta en su silla de guardiana de sala y mira, muda, estática, sin intromisiones de ninguna especie” (2014, p. 13).

237

La impasibilidad es un programa de vida que Mara sólo rompe para llevar a cabo “sus fugas de la redundancia del mundo devenidas resistencias en solitario. Del hartazgo al anarquismo, no está mal” (2014, p. 168). Esas fugas significan un rechazo a la “productividad” en una de las zonas más altamente productivas del país, y por lo mismo de las más expoliadas.

Si el capitalismo exige rentabilidad y utilidad, la inmovilidad tiene un claro carácter ético-político. La soledad y el silencio, en este sentido, son un modo de responderle; una manera de nadar a contracorriente.

En el genial manifiesto *La utilidad de lo inútil*, dice el italiano Nuccio Ordine (2013): “Si dejamos morir lo gratuito, si renunciamos a la fuerza generadora de lo inútil, si escuchamos únicamente el mortífero canto de sirenas que nos impele a perseguir el beneficio, sólo seremos capaces de producir una colectividad enferma y sin memoria que, extraviada, acabará por perder el sentido de sí misma y de la vida.”³

³El comienzo del párrafo es el siguiente: “...he querido poner en el centro de mis reflexiones la idea de utilidad de aquellos saberes cuyo valor esencial es del todo ajeno a cualquier finalidad utilitarista.” Final: “Y en ese momento, cuando la desertificación del espíritu nos haya ya agostado, será en verdad difícil imaginar que el ignorante *homo sapiens* pueda desempeñar todavía un papel en la tarea de hacer más humana la humanidad.”

Permanecer sentada sin hablar en la sala de un museo, caminar, cultivar un jardín simplemente como experimento, ralentiza la realidad y permite hacer consciente esa “fuerza generadora de lo inútil”. Ahí está uno más de los boicots de Mara. La novela de Cristoff podría llevar el mismo subtítulo de una de las obras de Byung-Chul Han: *Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Demorarse para dar espacio también a la vida contemplativa, no sólo a la vida activa, dice el filósofo de origen coreano. En el caso de *Inclúyanme afuera*, la contemplación disciplinada, regulada por un manual cuya existencia conocemos desde los primeros párrafos (“Callar es también una disciplina del cuerpo, dice su manual de retórica”), llevará a Mara a la acción para eliminar aquello que obstaculice su programa.

2.

238



Un grafiti que apareció en las paredes de Buenos Aires después del “corralito” financiero de 2001 fortaleció la convicción de la escritora mexicana Vivian Abenshushan de darle una vuelta a su vida, a través de la búsqueda de caminos para convertir la escritura en espacio de resistencia al afán devorador del sistema laboral poscapitalista. El rostro del señor Burns, el siniestro jefe de Homero Simpson, “proclamaba no sólo la revolución contra los checadores de tarjeta, sino el alzamiento contra la frustración autoimpuesta y el conformismo” (ABENSHUSHAN, 2013).

¿Será esa misma imagen la que vio Mara al planear su primer acto anarquista en la cabina de traducción de un importante evento internacional llevándola a abandonar los viajes, el sueldo alto, el glamour, y la sensación de importancia (y el infinito estrés) a cambio de nada?

Quizás también sea una imagen similar a esa la que imagina cuando la asignan como asistente del taxidermista que “dejará como nuevos” a Mancha y Gato, dos ejemplares de caballo criollo que cien años antes caminaron hasta Nueva York. “Esto de tener que asistir a alguien, de hablarle, de cumplir con recados e informes era, por lo menos, una interferencia. No: una interrupción. No: una afrenta interminable.” (CRISTOFF, 2014, p. 50)

Pero, a diferencia de lo propuesto por el grafitti, no bastará para Mara con la renuncia. Debe destruir aquello que obstaculiza su camino. El sabotaje atentará no sólo contra el proyecto del taxidermista sino al mismo tiempo, en una lectura simbólica, contra las bases de conformación del país.

239

El taxidermista y el Museo Udaondo comparten la misma mirada sobre la historia nacional; esa historia construida por el liberalismo del siglo XIX que arrasó con las poblaciones originarias del sur del territorio, y explotó impunemente a las del norte, sentando las bases de un despiadado sistema económico.

Si Mancha y Gato son el símbolo del éxito de la nación oligárquico-liberal, su destrucción definitiva va más allá de una ética de la impasibilidad para convertirse en un claro acto político.

La discusión en torno a las posibles formas de lucha contra el sistema está de algún modo imbricada con el relato, sobre todo a través de la contraposición de posturas entre Mara y Honoria, la tía de Luisa, compañera de trabajo y única amiga de la protagonista. Honoria es comunista y busca en Mara a alguien con quien organizar un movimiento político eficaz cuyas acciones logren combatir “a todos y cada uno de los frentes tradicionalistas y reaccionarios que congrega este pueblo” (2014, p. 166). Ante la idea del atentado contra los caballos “tuvo que abstenerse, porque ningún combate

válido se puede dar siendo cómplice de una acción aislada que, en definitiva, no es más que una expresión de decadencia, una enfermedad infantil” (2014, p. 167)

Para llevar a cabo su sabotaje, Mara contará con la ayuda de uno de los personajes más fascinantes de la novela: Talvikki Ranta, la esposa finlandesa del taxidermista. Pero de eso se dará cuenta cuando la acción se haya ya realizado.

¿Quién es Talvikki? Una artista visual de relativo éxito en su país de origen, que vive con su marido sin apenas vincularse con otras personas. Una tarde en que hay problemas en la ruta, ella y Mara coinciden en la terminal de autobuses, y con una confianza que no deja de sorprender a la protagonista, le cuenta parte de su vida y de sus búsquedas estéticas. Se trata de búsquedas que están siempre en el filo entre la vida y la muerte, desde que siendo una niña preparó unas galletas usando las cenizas de su amado hermano recién muerto. Fue un gesto de amor que “sus padres nunca fueron capaces de reconocer” como tal. La pequeña finlandesa reproducía así, sin saberlo, la tradición de una de las tribus del Amazonas.

240

Las obras de Talvikki se construyen como el negativo de la labor del taxidermista. Si él vacía a los animales muertos y utiliza sólo el cuero o la piel para volver a rellenarlos buscando que tengan apariencia de realidad, su mujer

...reduce los restos de animales: los órganos, las pezuñas, los fragmentos de pieles que su marido descarta. Se encarga siempre de volverlos irreconocibles, de convertirlos en una gelatina, un polvillo, un líquido; se encarga de que algo de lo animal esté latente en cada una de sus obras, aunque perfectamente camuflado, devenido partículas indiscernibles. (2014, p. 142)

Para hacerlo utiliza materiales altamente tóxicos que son lo que finalmente le permitirán a Mara destruir la obra de su jefe. Los caballos quedarán “irreconocibles”. Talvikki será la primera sospechosa para las autoridades, pero cuando la busquen ella ya estará lejos, retomando su vida de artista en Europa. Mara podrá finalmente regresar feliz a su experimento

de silencio, quietud e impasibilidad en la silla de siempre como cuidadora de la sala de medios de transporte del museo.

3.

A partir de la publicación de *Falsa calma* la crítica suele considerar a Cristoff una especialista en literatura de viajes. Ella responde a esto con otra frase que yo también podría tatuarme: “Creen que soy especialista en viajes, pero en realidad soy especialista en huidas”. Y esa huida puede ser también literaria, no sólo geográfica o emocional, y llevarla a querer escapar de las etiquetas, de los géneros, de los formatos tradicionales. Escapar o “dinamitarlos”, como suele decir.

En este sentido podemos leer la intercalación de los capítulos titulados “De *Cuaderno de notas*”. La autora suele presentarlos como parte de “un diario de escritura de la novela”. Allí están Xavier de Maistre, Enrique Udaondo, Carlos Rusconi, Laura Isola, Bernd Stiegler, A.F. Tschiffely, J.K. Huysmans, autores conocidos o desconocidos, textos actuales o históricos, folletos, tomados como base para reflexiones metaliterarias, críticas, sociológicas o políticas. Sin duda el resultado es una obra inquietante en su transgresión y experimentación. A contrapelo. Cara y ceca de una escritura que se sostiene éticamente no sólo en su calidad textual, sino además en el desafío constante a la condescendencia y a la banalidad que, cada día con mayor fuerza, el mercado le impone al ejercicio literario.

Amante de espacios no centrales, tanto en términos estéticos como en términos geográficos, Cristoff sabe que “el margen” es una categoría que surge dentro de los propios territorios hegemónicos. No es necesario irse demasiado lejos para encontrarlos. El viaje que emprende es apenas a pocos kilómetros de Buenos Aires, pero suficientes para ver cómo conviven allí los proyectos más anacrónicos y conservadores, fundadores de la cultura nacional —el tradicionalismo, el criollismo, la conquista del desierto como triunfo de la civilización frente a la barbarie—, con una suerte de mirada

“new age” sobre la pampa que lleva a algunos grupos de la clase media acomodada a imaginar proyectos “alternativos” de vida, como sucede con los padres de Ringo, el muchacho que le lleva a Mara la verdura a casa, cómplice incondicional del acto de su amiga.

Inclúyanme afuera se publica en el mismo año que *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin, una novela en que nuestra pampa originaria es territorio de muerte. La vuelta a las raíces está poblada de cadáveres. Sin embargo, la novela de Schweblin resulta rápidamente absorbida por el mercado del libro y transformada en un nuevo producto de consumo y devoción crítica. La de Cristoff –con una escritura mucho más lograda, profunda y sugerente– sigue siendo un núcleo de resistencia sutil pero firme. Más vinculada, quizás, a autores como María Teresa Andruetto o Juan José Saer o Héctor Tizón, que hicieron del margen geográfico un centro de reflexión ética, estética y política; autores que, como el cubano, podrían haber contestado “A mí, inclúyanme afuera”.

Lo dicho: toda lectura implica un riesgo. El riesgo de volver a pensar nuestro lugar en el mundo.

REFERENCIAS

ABENSHUSHAN, Vivian. “Mate a su jefe: renuncie”, en *Escritos para desocupados*, 2013. http://escritosdesocupados.xyz/sitio/?post_type=work&p=57

CRISTOFF, María Sonia. *Inclúyanme afuera*. Buenos Aires: Mardulce, 2014.

_____. *Falsa Calma*. España: Seix Barral, 2005.

FRIERA, Silvina. “Me gustan el trabajo de bajo perfil y los gestos mínimos”, entrevista a María Sonia Cristoff. *Página 12*, 10 de marzo de 2014.

HAN, Byung-chul. *El Aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Barcelona: Editorial Herder, 2015.

NUCCIO, Ordine. *La utilidad de lo inútil*. Barcelona: Acantilado, 2013.

Recibido em: 25/3/2019

Aceito em: 5/7/2019